

FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN,

*El cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas del Reino de Chile.*

Colección Historiadores de Chile, Santiago de Chile, 1863.

PABLO DE ROKHA,

*Escritura de Raimundo Contreras.*

Klog editor, Santiago de Chile, 1929, 110 págs.

Estamos seguros que el profesor Homero Castillo y el distinguido crítico Raúl Silva Castro ya están formando un fichero de estos olvidos que sólo se encuentran dispersos por ahí en editoriales desaparecidas. Otros están enterrados en el olvido. Este libro, que bien se merece una segunda edición, traerá, seguramente, las correcciones que señalamos. Nos preguntamos también ¿por qué no corregir el título y agregar la palabra *cuento*, puesto que se ficharon las novelas y los cuentos de los diferentes autores? Es difícil establecer, a veces, el límite entre uno y otro, pero como novela no involucra el concepto de cuento, sería preferible dejar en claro que el libro abarca ambos tipos de creaciones.

Entre sus cualidades podemos establecer algunas de carácter utilitario, de positivo beneficio para el profesor y el estudiante, pues, ya sea en la clase o en el trabajo de investigación, tesis o memoria, permite citar con seguridad y precisión el año en que aparecieron las obras, sus ediciones y evitar los errores que se encuentran en algunas Historias de la Literatura. Nos aclara el problema de los autores que nos entregan una obra con varios nombres o títulos, un doble bautismo que revela en ciertos escritores un espíritu deportivo y travieso (páginas 110, 111 y 112).

¿Y por qué no hacer referencia a esa característica de los escritores chilenos que el lector del libro que comentamos puede notar con facilidad? Hay como una tendencia o inclinación poderosa a usar seudónimos. Muchos juegan a esconderse tras los más increíbles y extraños nombres. Citamos, por ejemplo, a Andrés Andes, cuyo nombre en la vida diaria es Tomás Sepúlveda Whittle; se puede citar también a Guillermo Bianchi (pág. 29), Nicomedes Guzmán (pág. 91), José Victorino Lastarria (pág. 107), Augusto Thomson (pág. 189), etc., una larga lista fácil de sacar.

*Eugenio Araya Núñez.*

<https://doi.org/10.29393/At394-143MPFA10143>

ARTE - HUMORISMO - POESÍA

*Melchor Pérez de Holguín, Serie Arte y Artistas.*

La Paz. 1961

Por fin comienzan a valorizar en Bolivia las innumerables obras de Arte, supremo legado espiritual de la Colonia en el Altiplano. Durante nuestros dos viajes por Bolivia nos produjo inmensa pena el desprecio con que las autori-

dades miraban los ricos tesoros artísticos de los cuales se enorgullecería cualquier país: los templos veíanse derruidos; la imaginería, los cuadros de pintura y otros objetos de arte estaban lastimosamente estropeados.

El señor Embajador de Bolivia ante la Moneda tuvo la gentileza de enviarnos el primer cuaderno de la Serie de Arte y Artistas que acaba de publicar la Biblioteca de Arte y Cultura Boliviana sobre el renombrado pintor del Altiplano Melchor Pérez de Holguín. Tanto la introducción como las notas críticas del folleto son de José de Mesa y Teresa Gisbert, quienes también seleccionaron, entre las obras del pintor, las doce cuyas fotografías se insertan.

En algunas iglesias de La Paz, Sucre y Potosí vimos no pocas obras pictóricas de Pérez de Holguín en estado lamentable, los más valiosos y mejor conservados son tal vez éstos que admiramos en el pequeño libro editado por la Biblioteca de Arte y Cultura Boliviana.

Pérez de Holguín nació en Cochabamba entre los años de 1660 y 165 y pertenece al grupo de pintores hispanoamericanos de tipo realista cuyos grandes maestros fueron Velázquez, Zurbarán, Murillo y Valdés Leal, en España. Los tan afamados Miguel de Santiago, en Ecuador, y Gregorio de Arce y Zeballos, en Colombia, siguen a Murillo en la perfección del dibujo, cuyos cuadros llegaron a nuestros países; en cambio, Nicolás Javier de Goríbar en Quito y Pérez de Holguín en Charcas, imitan a Zurbarán.

El pintor del Alto Perú pertenece al apogeo del barroco indiano y realizó su labor en Potosí y Charcas, principalmente en esta última ciudad. Eximio dibujante, por esta cualidad no tiene par en Bolivia: "Véanse si no sus cabezas, la firmeza de los rasgos en sus rostros y manos. Pero generalmente va más allá de lo que se llama corrección académica, ya que al unir las diferentes partes de la figura las desdibuja y las contorsiona, dándoles un aspecto de enanismo que hace inconfundible el estilo. Quizá en términos modernos podemos decir que era un expresionista. La diagonal y la elipse tan típicamente del barroco se pueden reconocer en muchas de sus obras". En cuanto al colorido, sus telas franciscanas son grisáceas; las otras tienen más luz y priman en ellas el rojo, verde, azul-violeta y ocre y también el verde-amariillo y ocre, el fondo es siempre gris-plata. Pérez de Holguín tuvo grande influjo y orientó la pintura potosina hacia un barroquismo realista; fuera de Gaspar Miguel Berríos, dejó numerosos discípulos.

Entre los doce cuadros estudiados en este cuaderno, sin duda los mejores son San Pedro de Alcántara, del Museo de la Moneda de Potosí; San Juan Evangelista, del de Charcas; Entrada del Arzobispo Morcillo en Potosí, en el Museo Madrileño de América; La Sagrada Familia con Santa Ana, cuyo paradero actual se desconoce; La Huida a Egipto, que está en nuestro Museo Nacional, Descanso de la Huida de Egipto, de la Colección Banco Central, en el Museo Nacional de Arte de La Paz, y San Juan Evangelista, también en el Museo de la Moneda de Potosí.

San Pedro de Alcántara, tema muy repetido por Pérez de Holguín, obra anterior a 1700 del más puro barroquismo, tiene mucho dramatismo ascético, dibujo perfecto y con típico colorido gris plateado; San Juan Evangelista del

año 1714, tela multicolor en la cual destacan el rojo y verde en fondo pardo, gris plata, es de un acendrado misticismo en la mirada y movimiento de los labios; La Entrada del Arzobispo Morcillo en Potosí, suceso acaecido el 26 de abril de 1716, obra dividida en tres partes de enormes proporciones y en la cual hay espléndidos retratos de los principales personajes potosinos y en el centro se divisa el de Holguín; dentro de una gran sobriedad resaltan los colores pardo y siena. De bello y resplandeciente colorido es el lienzo de la Sagrada Familia con Santa Ana, pintado al fin de los días del maestro. La Huida a Egipto y Descanso en la Huida, son dos telas de mucha gracia, en la primera San José toma al Niño y en la otra los ángeles velan el sueño del Divino Infante; ambas representan, por el ropaje de la Sagrada Familia y el colorido, lo más típico de la pintura barroca andina durante la Colonia.

Entre las últimas obras firmadas que se conservan de Pérez de Holguín, están los cuatro evangelistas, los cuales para distinguirlos de aquellos de 1714, dicen los autores del Cuaderno en referencia que los llaman "figuras enteras". "Tienen la característica de que en el fondo de cada uno de los cuadros se desarrollan episodios del Evangelio, del santo a quien se pinta. La figura principal del cuadro está muy bien pintada. Se nota la maestría del artista en el tratamiento de los paños y las carnaciones".

Esperamos los nuevos Cuadernos anunciados que divulgarán las escondidas obras maestras del arte boliviano.

#### *La Jaula por dentro*, de ENRIQUE ARAYA. Buenos Aires

En Chile se publicó *La Jaula por dentro*, en 1955 y, cuatro años más tarde, la editorial Carlos Lohlé de Buenos Aires hizo una segunda edición que ha tenido grande éxito en Argentina, donde su autor ejerce el cargo de agregado cultural de nuestra Embajada.

La turbamulta de complicaciones que trae consigo la vida moderna pone a la gente malhumorada, y esto se agrava si faltan los medios económicos para subsistir y el hombre debe hacer frente a los gastos que demanda una numerosa familia. En general, la gente se desespera ante la babélica confusión de nuestra época, máxime si carece de medios para vivir honestamente; son pocas las personas que permanecen inalterables y mucho menos las que saben buscarle a la existencia el lado cómico.

Enrique Araya, humorista de buena ley, sabe sacar partido de las mil contrariedades que ofrece la vida diaria y gusta de escribir obras con cierto colorido autobiográfico como en *La Luna era mi tierra*, cuyas cuatro ediciones hablan en elogio de la obra mejor que los críticos más exigentes. En *La Jaula por dentro* se advierte mucho más claramente la confesión personal del autor. Enrique Araya, padre prolífico, se encontró sorpresivamente con las responsabilidades del jefe de hogar y él, en vez de ofuscarse, buscó desahogo en la pluma y en forma epistolar narra las cuitas de la vida hogareña: "Ahora sé —dice— por experiencia directa, que ese ambiente manso de que disfrutaban los hijos descansa sobre la tragedia del padre; que cada bocado cuesta un esfuerzo doloroso; que cada frazada, palo de leña de la chimenea,